



LIC. ANTONIO FERRER.

No empuñó las armas, como la mayoría de las personas que figuran en esta colección; pero en el retiro de su gabinete tramó una conspiración que de no haber abortado habría dado un golpe fatal al Gobierno español, el cual quedaba acéfalo con la ausencia del Virrey.

Desde Abril de 1811, los conspiradores de la capital, que siempre habían estado en combinación con los insurgentes, habían tramado una conspiración que apoderándose de la persona de Venegas, trastornase el Gobierno y acaso librase de la muerte á Hidalgo, Allende y demás presos hechos en Monclova y que iban en camino de Chihuahua, pero descubierta á tiempo, sus autores fueron presos. Meses después se tramó otra, que es de la que vamos ahora á tratar, por haber sido la más seria y por ha-

ber causado la muerte de varios de los comprometidos.

El Lic. Don Antonio Ferrer, joven abogado decidido por la causa nacional, púsose de acuerdo con otras personas también de opiniones independientes que tenían sus reuniones en una casa del callejón de la Polilla, perteneciente á un tal Antonio Rodríguez Dongo; todos ellos juraron guardar el más completo secreto, y aun se comprometieron á dar muerte al que delatase el proyecto; cada uno manifestó los medios con que contaba para sublevar algún barrio de la ciudad ó para levantar gente; un cabo del Batallón de Comercio, llamado Ignacio Cataño, se comprometió por su parte á hacer entrar en el complot á varios individuos de su Cuerpo, y cumplió su ofrecimiento; Rafael Mendoza, alias "Brazo fuerte," enviado por Rayón para arreglar el plagio del Virrey, prometió la cooperación de una partida que Alamán cree que era de salteadores, pero que en realidad era de insurgentes, mandada por un Mariano Hernández que debía apoderarse de la cárcel de la Acordada, poner libres á los presos y marchar con ellos sobre Palacio; Dongo dijo que él podía sublevar el barrio de Belén.

El plan era muy sencillo y estaba basado en la costumbre que tenía Venegas de ir todas las tardes al paseo de la Viga, á

dar algunas vueltas en carruaje; entre cuatro y cinco de la tarde del día 3 de Agosto se apoderarían los conjurados de la persona del Virrey, haciendo huir ó acuchillando á la pequeña escolta que lo acompañaba siempre, para lo cual la partida de Hernández, unida á los contrabandistas de aguadien- te, debería estar situada en punto conve- niente. Dispersados ó muertos los soldados de la escolta, Venegas debería ser llevado rápidamente á Zitácuaro para ponerlo en poder de Rayón, á fin de que éste le hi- ciese firmar las órdenes convenientes para disponer del Reino á su arbitrio. Además, apenas hubiese quedado preso el Virrey, desde la torre del convento de la Merced se haría una señal con un toque de esquila y algunos cohetes, para que los conjurados distribuidos por los barrios sublevasen éstos, con el estímulo del saqueo, que se per- mitiría, reservándose el numerario para el ejército insurgente y apoderándose de los ministros de la Audiencia, autoridades prin- cipales y personas distinguidas, así como haciéndose dueños del Palacio, edificios pú- blicos, y procurando atraerse á la tropa. La primera parte del plan era sencillísimo y muy factible y con sólo ella sufría un rudo golpe la administración colonial, tan centralizada entonces; la segunda ya ofre- cía más dificultades, y acaso hubiera fra- casado, por la extensión del programa y por

la natural resistencia que había de oponer la guarnición de la ciudad. El Lic. Ferrer era el alma de la conspiración.

Fracasó por haber sido denunciada: Don Lucas Alamán dice que el denunciante fué uno de los comprometidos, Cristóbal Morante, que la víspera del día en que debía es- tallar dió aviso al Virrey, que inmediata- mente empezó á dictar providencias para hacerla fracasar; Don Carlos Bustamante atribuye la denuncia á una mujer, con la que Venegas tenía tratos. De todos modos, hubo denuncia, que fué robustecida con la hecha por el oficial de la Secretaría del Vi- rreynato, Don Manuel Terán, que declaró el día 3 que había sido invitado por Fer- rrrer á concurrir esa tarde al paseo de la Viga armado y á caballo. El Virrey mandó acuartelar las tropas y aprehender á los que creyó culpables; entraron á la cárcel el abo- gado Ferrer, los cabos del Regimiento de Comercio Ignacio Cataño y José Mariano Ayala; Antonio Rodríguez Dongo, dueño de la casa donde se celebraban las juntas; Fé- llix Pineda y José María González, concu- rrentes á ellas, y los padres Castro, Ne- greicos y Resendi, lográndose escapar Ro- dríguez y algunos otros; para cubrir las apariencias también fué encarcelado Moran- te, que recibió el premio de dos mil pesos que ofreció el consulado.

Instruida la causa casi nada pudo pro-

barse á Ferrer, por lo que el Fiscal Osés sólo pidió para él seis años de presidio, pero en cuanto se supo esto entre los españoles y los jóvenes del comercio, todos españoles también, mostraron mucho descontento y ocurrieron al Virrey para hacérselo presente, pues tenían un gran deseo de que recayese un castigo ejemplar sobre algún abogado, por los muchos que de esa profesión había comprometidos en la guerra y otros en mayor número que ocultamente la favorecían y fomentaban; á todo trance querían, pues, como dice Bustamante, ahorcar, y ahorcar á un abogado, y aun se llegó á decir que el Virrey aseguró al comercio que si la sala del crimen no imponía la pena de muerte á Ferrer, él sí lo haría. Bataller (español), Yáñez y Torres Torija, (mexicanos), formaban esa sala; el primero optaba por el destierro y los dos restantes por la pena de muerte, por lo que aquél se abstuvo de votar, y cuando se ofreció hablar del asunto, dijo: "Ferrer va al palo y son sus paisanos los que lo despachan." A la misma pena fueron condenados Cataño, Ayala, Dongo, Pineda y González; á presidio otros varios y á menores penas uno que otro.

Al hacerse saber á Ferrer la sentencia, fué tan intensa la emoción que sintió, que cayó en tierra, rompiendo con su cabeza la foja de la sentencia. Por temor de un le-

vantamiento popular se adoptaron infinitas precauciones para conservar el orden, y ante el temor de aparecer como afectas á los insurgentes y ser castigadas severamente, muchísimas personas se abstuvieron de interceder en favor de Ferrer y de los demás condenados. Toda la guarnición de la ciudad se puso sobre las armas y con la fuerza que fué al patíbulo caminó una pieza de artillería; en la mañana del 29 de Agosto se ejecutó la sentencia en la plazuela de Mixcalco, y para dar garrote á Ferrer, que era noble, se levantó un tablado vestido de negro y fué conducido al cadalso en una mula con gualdrapa negra; Cataño, cuyos parientes probaron que también era noble, fué ejecutado con la misma distinción que Ferrer, y á los otros cuatro se les ahorcó. El proceso de los religiosos ofreció más trámites y al fin terminó con el destierro de ellos á la Habana; pero el padre Castro murió de vómito en Ulúa.

Con el abogado Ferrer, víctima de una gran injusticia, la posteridad ha cometido otra, pues jamás se ha vuelto á acordar de él, jamás se le nombra, y sólo los que han estudiado la historia de la guerra de Independencia hasta en sus pormenores, son los que tienen noticias de él.



DON VICENTE BERISTAIN.

En los primeros meses del año de 1812, la revolución de Independencia estaba en todo su auge, no obstante los grandes golpes que había recibido; es cierto que habían desaparecido los grandes ejércitos levantados por Hidalgo y Allende, que estos caudillos habían sido fusilados y que aun Rayón había tenido que huir de Zitácuaro, pero en cambio el país entero estaba sublevado y en muchos puntos los realistas eran dueños únicamente de la capital de la provincia y del terreno que pisaban: Michoacán era un volcán; Guanajuato, el Sur de Jalisco, Nayarit, las sierras de Zacatecas, Gorda, de Querétaro, y la Huasteca, estaban llenas de partidas insurgentes, así como la Sierra de Puebla, las Mixtecas, los llanos de Apam y las inmediaciones de México; el Sur estaba en poder de Morelos y

la fama de Calleja no existía después del famoso sitio de Cuautla. El Gobierno español no tenía ni tropas para atender á todas partes ni recursos par levantar más tropas; sus convoyes caían en poder de los insurgentes y ni siquiera podía tener expeditas las comunicaciones con el exterior, por estar lleno de independientes el camino de Veracruz.

En estas circunstancias si los que combatían al Gobierno español hubiesen estado de acuerdo entre sí, pronto hubieran dado al traste con ese Gobierno y realizado la Independencia; pero por desgracia estaban sumamente divididos, aunque esas divisiones poco trascendían fuera del campo insurgente y eran negadas por los optimistas, que veían muy próximo el día de la Independencia. De aquí que muchos simpatizadores de las ciudades salieran de ellas par unirse á los insurgentes en esa época; á reserva de hablar de muchos de ellos en el lugar que les corresponde, nos ocuparemos de Don Vicente Beristain.

Era este señor, oriundo de Puebla, de una familia bastante distinguida y hermano del célebre Deán de la Catedral de México, Don Mariano Beristain y Souza, acérrimo partidario de la causa de España y autor de una copiosa Biblioteca hispano-mexicana. Don Vicente se alistó entre los patriotas de Texcoco, donde se hallaba ac-

cidentalmente, y cuando los insurgentes atacaron esa población, se distinguió en la defensa de ella, manejando una culebrina; por este hecho fué muy elogiado y premiado por el Virrey. Rasgando un poco á cada criollo se encontraba en él un insurgente, como años después lo acreditó la experiencia y como sucedió entonces con Beristain; convencido de que no podría retardarse por mucho tiempo la Independencia, resolvió adherirse desde luego á ella, y al efecto se unió á la primera partida de insurgentes que se le presentó, y que fué la de un cabecilla de apellido Serrano, (Abril de 1812).

Inmediatamente se propuso atacar á Pachuca, ciudad rica y cuyas minas estaban en bonanza: el 23 de ese mismo mes de Abril se presentaron Serrano, Beristain, Don Pedro Espinosa y otros jefes que reunían quinientos hombres y dos cañones, de los que se encargó Beristain, é intimaron rendición á la plaza. Mandaban en ella el Conde de Casa Alta, caballerizo que había sido de Iturrigaray, y Madera, pero tenían pocos hombres, por lo que limitaron la defensa á tres casas, que no podían resistir mucho tiempo; los religiosos del Colegio Apostólico propusieron una capitulación, con la que fácilmente estuvieron conformes los europeos, dada la desesperada situación en que se encontraban, y quedó pactado que las personas y propiedades particulares se-

rían respetadas. Ocuparon pues, toda la población los insurgentes, el día 24, cuando se supo que el realista Fernández venía en auxilio de la plaza; enviósele á Madera para hacerlo retirar, pero entretanto los independientes lo atacaron, lo hicieron retroceder, y dando por rota la capitulación, aprehendieron á los españoles y los enviaron á Sultepec.

La tropa que de México salió en socorro de Pachuca el día 25, retrocedió al saber la ocupación, y las tropas de Serrano y Beristain pudieron repartirse el botín conquistado, consistente en doscientas cincuenta barras de plata pertenecientes á la real hacienda; cincuenta tejos de oro, 600 fusiles, muchas municiones, etc.; parte de las barras se enviaron á Rayón y á Morelos, otras las tomó Serrano y algunas las llevó Osorno á Zacatlán, donde Beristain, que era un minero experimentado, las convirtió en moneda, tarea en la que lo ayudó Don Pedro Lachausseé, inteligente ingeniero y minero que años antes había sido traído de Bélgica para hacer unas instalaciones en los minerales de aquel rumbo; el mismo ingeniero, que era uno de terceros abuelos (tatarabuelo) maternos del que esto escribe, montó en el Real del Monte una fábrica de cañones para los insurgentes, que fué destruida poco después.

Pachuca y la comarca fué recobrada por

el realista Claverino, y entre tanto, Beristain, unido á otros jefes y llevando un buen tren de artillería, que era su especialidad, amenazaba á Tulancingo, del que se hubiera apoderado si no es oportunamente socorrido, derrotó en Zacatlán á Samaniego y se estableció allí como segundo de Osorno y con el objeto de curarse la herida que en una pierna había recibido en el ataque de Tulancingo. En Zacatlán estableció Beristain una gran maestranza, casa de moneda, fábrica de armas, etc., en escala mucho mayor que lo que hizo en Zitácuaro, el Gallo y Cópore Don Ramón Rayón, pues tenía más conocimientos que éste: si hubiera podido conseguir que los insurgentes del rumbo fuesen menos afectos á la caballería y no desdeñasen la infantería, habría conseguido formar una buena división insurgente que muchos disgustos habría dado á los realistas, pero aquellos hombres, acostumbrados á vivir á caballo, miraban hasta con desprecio la infantería.

Zacatlán fué el principal núcleo independiente de la región y los jefes realistas temían atacarlo, pues sabían que estaba bien defendido y era considerado por el Virrey de igual importancia que Tlalpujahua, donde vivían los Rayón, y que Huichápan, donde imperaban los Villagrán. Sin embargo, habiendo emprendido Osorno una expedición desgraciada contra Zacapoaxtla, (27

de Abril de 1813), las autoridades de Puebla decidieron ir á atacarlo á Zacatlán, y al efecto Castro-Terreño salió con una fuerte división que consiguió su objeto sin combatir, no obstante que Beristain era de opinión que podía defenderse el punto, (19 de Mayo). Todo el trabajo de muchos meses se perdió en un día, pues quedaron destruidas las fortificaciones, fábricas y maestranza establecidas en Zacatlán y en el inmediato pueblo de San Miguel y fueron capturados los buenos cañones que habían sido enterrados en el pueblo de Tomatlán. Poco tiempo después volvió Beristain á situarse en el mismo pueblo, pero no habiendo tiempo de reconstruir las fortificaciones tuvo que retirarse á la aproximación de Llorente, el 25 de Agosto.

Por cuestiones de milicia, en las que Osorno era lego, tuvo bastantes disgustos con Beristain; agravados éstos por cuestión de faldas, á las que ambos eran afectos, se hicieron odiosas, terminando como no podía menos de suceder, con que el primero hiciera fusilar al segundo en la hacienda de Atlamajac el 9 de Febrero de 1814. Debe haberle pesado esta resolución, pues se privó de un auxiliar utilísimo; sin embargo, algunos jefes insurgentes no lo juzgaron así, pues según asienta el Dr. Velasco en el manifiesto que publicó al indultarse, Rayón escribió desde Huajuápam el 9 de Mar-

zo á Bustamante lo siguiente: "Por acá se asegura que Osorno ha decapitado al Coronel Beristain; lejos de parecerme mal, aquel jefe ha obrado consecuente á mis ideas; ¡amigo mío! éstos que hablan mucho de matemáticas y ordenanzas y aun han viajado, son estorbos para nuestros pensamientos: hablan francés é inglés, y mañana, si tuvieran partido, lo primero que harían sería sacrificarnos: espero que usted apoye mi modo de pensar." No creemos que Rayón haya escrito esta carta, que demuestra una intransigencia supina, impropia de un letrado y de un hombre de experiencia.

El Coronel Beristain al lado de Morelos habría hecho un gran papel y habría contribuido al logro de muchas empresas, pero en el reducido teatro donde se presentó y en medio de hombres rudos é ignorantes como eran los guerrilleros de los llanos de Apam, tenía que fracasar, como le sucedió.



DON FERNANDO ROSAS.

Compañero de Hidalgo y uno de los primeros insurgentes, Fernando Rosa, aunque peleó largo tiempo por la causa de la libertad, murió demasiado joven cuando aún podía prestar bastantes servicios á la Independencia.

Nació en el Mineral de Xichú, en la provincia de Guanajuato, y apenas aprendidas las primeras letras y con la edad suficiente, sentó plaza en el Batallón principal de Guanajuato, donde por su buen carácter, sus aptitudes y la simpatía que sabía inspirar ascendió á sargento, en cuyo grado lo encontró el año de 1810. Fué uno de los sargentos á quienes los de igual clase Domínguez y Navarro comprometieron á tomar parte en la revolución antes de que ésta estallase; fué puesto en prisión por Riaño, pero cumplió su promesa, pues ingresó á

las filas insurgentes cuando Hidalgo llegó á Guanajuato; hecho Capitán, fué agregado como ayudante á lo que podríamos llamar Estado Mayor del Generalísimo, y con tal carácter, así como con el de su auxiliar para despachar la correspondencia, lo acompañó á Valladolid, las Cruces, Aculco, Guadalajara, Calderón y el Pabellón.

En Baján logró escaparse de caer prisionero gracias á que caminaba con el ejército, y acudió á ponerse á las órdenes de Rayón, que lo tuvo á su lado hasta la acción del Maguey, donde en realidad se dispersaron los primeros insurgentes. Pasó entonces á unirse con Albino García y sería tarea fastidiosa referir uno por uno los lances en que se encontró al lado de este famoso guerrillero; baste decir que estuvo en la toma de Guanajuato, en el tercer ataque de Valladolid, en la captura del segundo convoy y en Ojuelos, Irapuato, Lagos, Aguascalientes, San Felipe, etc.; su buena suerte lo hizo escapar cuando Albino cayó en poder de Iturbide, y entonces se unió á Tomás Baltierra, Salmerón, con el que siguió haciendo la campaña en Guanajuato.

Cuando Licéaga fué nombrado en 1814 Comandante de Guanajuato y el Dr. Cos fué su segundo, tuvo Rosas ocasión de dar á conocer sus aptitudes militares y organizó la infantería insurgente de la provincia, instruyéndola y disciplinándola; al mismo

tiempo se dió á conocer como hombre de orden y recibió de Cos el encargo de encausar á su antiguo compañero Baltierra, que se había hecho terrible y odioso y que tenía aterrorizada la comarca con sus atrocidades é inauditas maldades. Combatió en Puerto de Nieto, Xichú, Salitre, etc., y prestó varias veces ayuda al Dr. Magos, que expedicionaba por Sierras Gorda, de Querétaro, é Ixmiquilpan. Por orden de la Junta, ó de Licéaga, persiguió á los insurgentes Garcilita y padre Torres hasta obligar al segundo á salir de su jurisdicción, de la cual Cos se había propuesto extirpar el vandalismo. Reglamentó la percepción de contribuciones para la guerra, estableciendo en los pueblos Tesorerías recaudadoras y obligando á los mayordomos de las haciendas á que las liquidasen, bajo la condición, que se cumplía, de que los propietarios y sus familias tendrían toda clase de garantías fuera de las poblaciones. En su causa declaró hasta los nombres de los recaudadores que había nombrado en la jurisdicción de Dolores.

Cuando Cos fué á tomar parte en las deliberaciones del Congreso de Chilpancingo, Rosas lo acompañó como Secretario, y terminado el período de aquél volvieron á Guanajuato, donde el segundo, que ya tenía el grado de Brigadier, quedó como Comandante Militar al separarse el primero; también

fué nombrado Comandante de San Luis Potosí, y con tal carácter procuró reunir las partidas sueltas de Encarnación Ortiz, Don Pedro Moreno, Rosales, etc., y disciplinarlas; obtuvo con ellas algunas ventajas que llamaron la atención de los realistas y que obligaron á Iturbide á destacar á Orrantía y á Castañón para perseguirlas. El 24 de Julio de 1815 fueron alcanzadas en Rincón de Ortega, y aunque el bien organizado Batallón de Dolores rechazó tres veces á los realistas y la caballería de Ortiz dió una brillante carga á los realistas, los insurgentes quedaron derrotados, el Batallón casi desapareció y los realistas tuvieron serias pérdidas. Rosas, tres oficiales y veinte soldados, fueron aprehendidos en el Rancho del Redondo, á consecuencia de esta derrota, el 14 de Agosto, y conducidos á San Luis Potosí.

El proceso fué sumarisísimo y lo único de notable que ofrece es que cuando se le amonestó para que dijese cómo, en concepto suyo, se podría pacificar la Colonia, contestó: que la experiencia de cinco años de guerra le había enseñado que ese resultado no se conseguía con las armas, y que tal pregunta no debía hacerse á él, sino á la Junta Nacional, (el Congreso insurgente), pues estaba seguro de que esa Corporación, compuesta de hombres doctos, sabría contestar la pregunta, dando á entender que

sólo tratando con esa Junta sobre el modo de hacer la Independencia se vería pacificada Nueva España. Fué condenado á morir arcabuceado por la espalda como traidor, y la sentencia se ejecutó en la plaza de San Luis Potosí á las diez y media de la mañana del día 22 de Agosto de 1815, cuando acababa de cumplir veintiséis años; con él fueron fusilados sus oficiales Pérez y Zambrano, aprehendidos al mismo tiempo que Fernando Rosas.

Merecía una suerte mejor el joven insurgente.



PBRO. DON JOSE PABLO CALVILLO.

Poco antes de que estallara en Dolores la revolución de la Independencia, se encontraba el padre Calvillo desempeñando la Vicaría en el pueblo de Colotlán, y se dice que también fué Cura de Huajuácar, hoy villa de Calvillo, en el Estado de Aguascalientes. Había sido también Capellán en San Juan del Teul, á principios del siglo XIX.

En una reseña histórica relativa á Colotlán, inserta en la "Biblioteca Histórica Jalisciense," que se publica actualmente en Guadalajara, se asegura que el padre Calvillo llevaba íntima amistad con los jefes de las Compañías fronterizas que guarnecían á dicho pueblo de Colotlán; con Don Marcos Escobedo y con otros indígenas de los más notables en aquel lugar; además, se refiere que á fines de Septiembre de 1810 apareció allí el padre Don Pablo Calvillo, quien había hecho un baile en su casa, con

el fin de reunir á muchos indígenas para sublevarlos contra la tropa realista, cuyo jefe era el Gobernador Don Gregorio Pérez. Que el padre Calvillo, capitaneando á una multitud de pueblo, cuyas armas eran flechas, hondas, garrotes y machetes, se había dirigido á las Casas Reales, donde se encontraban alojados treinta españoles que fueron aprehendidos allí, sin que la guardia opusiera ninguna resistencia, pues ya estaba seducida por el padre Calvillo, y que otro día en la mañana, estando formadas las Compañías en la plaza, salió el Gobernador Pérez al balcón, ordenándoles que hicieran fuego sobre los indios, pero que la tropa le había contestado que "no era ya de su partido" y que los jefes mandaron que dicha tropa se dispersara.

Este suceso no ocurrió á fines de Septiembre de 1810, como se dice en la reseña indicada, sino á mediados de Mayo de 1811, según consta de oficios dirigidos desde Jerez al Intendente Medina, de Zacatecas, pues á principios de Octubre de 1810 el mismo Medina se hallaba en dicha ciudad con cuatro Compañías de Colotlán, á donde fué llamado para auxiliar al Intendente Don Francisco Rendón, según lo asegura este mismo en el informe que después rindió al Virrey, con motivo de la sublección en Zacatecas.

Como quiera que sea, lo cierto es que el

padre Calvillo fué uno de los primeros, más entusiastas y decididos partidarios de la causa de la Independencia, y ya sea de una manera espontánea ó autorizado por el jefe insurgente Don Rafael de Iriarte, tomó participación activa en los primeros sucesos de la insurrección, pues en la causa que se instruyó en Sombrerete á José María Zaldívar, soldado de la Compañía de Chalhuites, perteneciente á las de Colotlán, consta que el 31 de Octubre de 1810 apareció en dicho lugar el Cura Don José Pablo Calvillo, quien ese mismo día en la noche tuvo una conferencia con el Coronel Don Martín de Medina, Gobernador y jefe militar de aquella frontera de lo que resultó que éste mandara luego tocar generala, con el fin de que las Compañías de su mando se reunieran en la plaza, las cuales, sin oponer objeción alguna quedaron á las órdenes del padre Calvillo, quien para probar que el Gobernador Medina quedaba despojado del mando, les mostró el bastón que él le había cedido.

Las Compañías mencionadas quedaron sin oficiales, pues éstos no se unieron al movimiento, y, por lo mismo, los cabos y sargentos fueron los que tomaron el mando inmediato de ellas. Tres días después de este suceso, el padre Calvillo había salido de Colotlán para Huajúcar, llevando ocho Compañías. En este mismo lugar se le agre-

gó la de Valparaíso, y de allí se dirigió por Jerez á Zacatecas, donde en esos días se encontraba Don Rafael Iriarte, bajo cuyas órdenes se puso en aquella ciudad. Hasta aquí lo que consta en la causa instruida á Zaldívar el mes de Junio de 1811. Veamos ahora lo que pasó después.

El mencionado Iriarte al saber que en San Luis Potosí se había operado un movimiento insurgente por los legos juaninos Fray Luis Herrera, Fray Juan Villerías, Don Joaquín Sevilla y Olmedo y Don Francisco Lanzagorta, se dirigió á aquella ciudad, acompañándolo en esa expedición el padre Calvillo, con su tropa, compuesta en su mayor parte de indios mal armados y sin disciplina. Iriarte los hizo que practicasen allí algo como una gran parada, en la que haciendo uso de sus flechas hicieron varias evoluciones á su usanza. Esto pasaba á fines de Noviembre de 1810.

En seguida se dirigió Iriarte á San Felipe, con el objeto de ir á auxiliar á Don Ignacio Allende, que se halaba bastante comprometido en Guanajuato, pero de San Felipe tomó el rumbo de Aguascalientes. En cuanto al padre Calvillo, no se sabe a punto fijo dónde se separó de Iriarte, y solamente puede asegurarse que no descansaba en seguir fomentando la revolución, reuniendo numerosa tropa y sublevando varios pueblos del Sur de Zacatecas y de los

límites con Jalisco, de modo que cuando Don Miguel Hidalgo se hallaba en Guadalajara, el padre Calvillo, según refieren algunos historiadores, le "evó en auxilio un ejército de siete mil indios flecheros, que tomaron parte en la desgraciada batalla del Puente de Calderón; según la crónica, ni uno de ellos pereció en la acción, gracias á que los cubrió el humo del parque que volaron los realistas.

Después que Hidalgo y Allende emprendieron su retirada rumbo al Norte, el padre Calvillo, sin desalentarse con los serios desastres que había sufrido la causa insurgente, siguió defendiéndola y llamando fuertemente la atención del Intendente de Zacatecas y de los Generales Don Félix Calleja y Don José de la Cruz, quienes ordenaron se emprendiera una formal y tenaz persecución contra el activo y esforzado sacerdote, á quien ayudaban eficazmente, su hermano Sotero, el belicoso indígena Albino Torres y otros guerrilleros atrevidos.

El padre Calvillo tenía en continua alarma á los realistas de Zacatecas y de Aguascalientes, y á este último lugar entró de incógnito en los primeros días de Marzo de 1811, ocupándose secretamente en conquistar algunos partidarios. Supo esto el Subdelegado de aquella Villa, Don Felipe Terrán, pero era tal el temor que tenía al pa-

dre Calvillo, que no se atrevió á mandar aprehenderlo ó perseguirlo.

Dióse orden entonces al Cura de Santa Cruz, Don José Francisco Alvarez, que se hallaba en Zacatecas, y que después fué bautizado con el apodo de "Cura Chicharronero," para que con una Sección de Provincias Internas saliera a castigar á los indios insurgentes de Colotlán y del Nayarit. El Cura Alvarez emprendió la marcha, y el 27 de Marzo sostuvo un rudo combate con los indios del padre Calvillo, cerca de Colotlán, y aunque armados de flechas, hondas, lanzas y cuchillos, lograron derrotarlo, obligándolo á retroceder hasta Jerez. En ese encuentro resultaron heridos el padre Alvarez y su Capellán, Don Francisco Inguanzo.

El triunfo obtenido por los indios de Colotlán envalentonó tanto á los sublevados de aquel rumbo, que después de la derrota del Cura Alvarez en pocos días contaban ya con un Cuerpo de cerca de ocho mil combatientes, reunidos por el padre Calvillo, á los cuales salió á atacar el Brigadier Don Pedro Celestino Negrete con una fuerza respetable, habiendo logrado derrotarlos en Colotlán el 7 de Abril, haciéndoles centenares de muertos y capturándoles tres cañones de palo, muchas lanzas, flechas, machetes y algunas escopetas.

Antes de este combate haba entrado el

padre Calvillo á Juchipila, de cuya cárcel echó fuera á los presos, y el 17 de Marzo pasó á Nochistlán, donde fueron capturados un tal Barajas y otros de los que habían aprehendido y entregado al guerrillero insurgente Don Daniel Camarena, á los cuales se dió muerte allí.

En Mayo de 1811 se encontraba fungiendo como Gobernador interino de Colotlán el Coronel Don Gregorio Pérez, á quien se le sublevó su tropa, instigada, según se dice, por el padre Calvillo. En esa sublevación resultó muerto el mencionado Gobernador.

El padre Calvillo no solamente recorría las poblaciones del Sur de Zacatecas, sino también otras situadas en el territorio de Aguascalientes. Esta población se hallaba guarnecida por 400 hombres que tenían el Subdelegado Terán y el Cura Alvarez, á quienes atacaron allí las fuerzas combinadas del padre Calvillo, el Cura García Ramos, Abad, Miramontes, Hermosillo, Oropeza y otros que se habían reunido en Teocaltiche. Alvarez y Terán no pudieron resistir el empuje de los insurgentes y al fin viéronse obligados á huir hacia Zacatecas, abandonando algunos cañones, armas y pertrechos, (Agosto 12).

Parece que este fué el último encuentro de armas en que tomó parte el Cura Calvillo, quien estuvo algún tiempo después en

Huajúcar, desde donde se ocupaba de dirigir las excursiones guerreras de los cabecillas Miramontes, Hermosillo, Oropeza, Saldaña y otros, que no cesaban de hostilizar á los realistas en la provincia de Zacatecas y parte de la de Jalisco.

Después de lo antes referido, no vuelve á figura más el padre Calvillo en el campo de la revolución, y se ignora cuál sería el fin de tan decidido é incansable sacerdote, que tan importantes servicios prestó á la causa de la Independencia, contribuyendo de una manera eficaz á mantener vivo el fuego de la insurrección en aquella parte del país, sin que le arredrasen contratiempos, dificultades, persecuciones y desastres. El Congreso del Estado de Aguascalientes, par honrar su memoria, dió el nombre de Calvillo á la Villa de Huejúcar, de donde fué Párroco y en la que probablemente nació.